

Domingo 1 marzo 2009
El Evangelio de Hoy

Mc 1,12-15

Proclamaba el Evangelio de Dios

El Evangelio de este I Domingo de Cuaresma tiene dos partes bien diferenciadas. La primera parte nos habla de las tentaciones de Jesús en el desierto durante cuarenta días; la segunda parte nos presenta un resumen de la actividad y predicación de Jesús en Galilea.

El Evangelio de Marcos es extremadamente escueto en el tema de las tentaciones: «A continuación, el Espíritu lo impulsa al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás». Esta información se pone inmediatamente después del Bautismo de Jesús en el Jordán donde se nos dice que, bautizado por Juan, al salir del agua, «vio el cielo rasgarse y el Espíritu como una paloma bajando hacia él» (Mc 1,10). El Espíritu que impulsa a Jesús viene, entonces, del cielo. La expresión usada por Marcos para indicar la acción del Espíritu en Jesús es típica de su estilo más espontáneo y menos refinado: «Lo impulsa». Los otros dos evangelistas modifican esa expresión. Mateo dice: «Llevado por el Espíritu» y Lucas: «Conducido por el Espíritu». La expresión de Marcos es más gráfica y más apta para indicar que Jesús sentía una inspiración interior irresistible que provenía de Dios; o, más bien, que él era completamente dócil a esa inspiración.

El Espíritu lo impulsa y Satanás lo tienta. Satanás también es espíritu y su acción también es una inspiración interior. ¿Cómo se distingue? La inspiración de Satanás es contraria a la ley de Dios. Su esquema es siempre el mismo; se repite sin ninguna variación desde Adán y Eva. Consiste en engañar al hombre haciéndole creer que Dios tiene alguna mala intención y que el hombre va a ser verdaderamente feliz con tal o cual acción que es contraria a la voluntad de Dios. Hoy día Satanás tiene muy engañado al mundo haciéndole creer que la lujuria o el dinero o el poder eso sí que lo hará verdaderamente feliz. Y tenemos al mundo obedeciendo esa inspiración afanado tras esos objetos. Jesús, en cambio, fue obediente a Dios hasta la muerte; por eso Dios lo resucitó. La docilidad al Espíritu, aunque sea después de un período de sufrimiento, conduce a la vida eterna; la docilidad a Satanás, después de un efímero goce de los sentidos, conduce a la muerte eterna. Esa es la diferencia.

La segunda parte del Evangelio es un resumen: «Después que Juan fue arrestado Jesús se dirigió a Galilea. Allí proclamaba la Buena Noticia de Dios». El texto original griego usa la expresión: «Evangelio de Dios». ¿Por qué cam-

biamos una palabra que es esencial del cristianismo y perfectamente castellana, como es la palabra «Evangelio»? Más adelante nuestro leccionario pone en boca de Jesús la exhortación: «Conviertanse y crean en la Buena Noticia», donde el griego original usa el sustantivo «Evangelio». La expresión «Buena Noticia» es reductiva, pues se aplica a muchos otros anuncios, incluso banales, y no dice lo mismo que «Evangelio». El Evangelio es el anuncio de la salvación; su resumen es este: «El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está llegando». Ninguna noticia es igual a esta; ninguna noticia merece hoy el título de «Evangelio». Cuando decimos «Evangelio» nos referimos a eso. Lo expresa muy bien San Pablo: «Cuando llegó la plenitud del tiempo envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... envió Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones que clama: "¡Abbá, Padre!"» (Gal 4,4.6). El anuncio de estos dos envíos, del Hijo de Dios y del Espíritu de Dios, cuyo efecto es que nosotros seamos hijos de Dios, eso es el Evangelio.

El Evangelio es un anuncio tal que quien lo acoge experimenta un cambio radical: ¡comienza a ser hijo de Dios! Este cambio es la conversión a la cual nos llama Jesús. El tiempo de la Cuaresma es un tiempo de conversión.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles